

Economía

TRANSFORMACION DE NUESTRO MEDIO RURAL

"A Venezuela le ha nacido el amor", escribía hace unos años un célebre escritor, mezcla de sociólogo y poeta.

"Le ha nacido un amor". Tras la lenta gestación de la Colonia, tras la niñez, en parte infeliz, en parte turbulenta del siglo XIX, Venezuela entró en la adolescencia con la peligrosa aventura del petróleo. Al conocer la lógica crisis del adolescente, sus pasos de joven, repentinamente rico, han sido un ejemplo curioso de derroche y deorientaciones.

¿Estamos, tal vez, asistiendo a sus primeros atisbos de profundización y enseriamiento? Venezuela habla de turismo, habla de agricultura, habla de la conquista del Llano y de la Selva, habla de la erosión, habla de conseguir —en el período de las vacas gordas— las fuentes de riqueza perenne para el período de las vacas flacas. Como una pudorosa joven, que se contempla ante el espejo, Venezuela comienza a examinarse, y se reconoce bella y rica. Pero sabe que la belleza y la riqueza son bienes pasajeros. El petróleo, el hierro, el oro y los diamantes no son eternos. Los bosques se dismantelan por las talas y las quemadas; y las fuentes, los arroyos y los ríos se secan.

Los más reflexivos hijos de Venezuela comienzan a reconocer que sus valores perdurables están en los bosques de café y cacao, en los dorados arrozales, en los verdes tallos de caña y de maíz, en las llanadas ondulantes de ajonjolí, de tabaco y de algodón... la única riqueza que conservaríamos el día en que desaparezca la ventura milagrosa de las minas.

Ya es mucho que Venezuela comience a reconocerse. Ya es mucho que se hable y se discuta de estas ideas, pues las ideas son el germen de los hechos.

El éxodo rural.-

La huida del campesino a las ciu-

dades es fenómeno mundial. Agudísima, según las estadísticas, en Francia durante los últimos decenios.

La rápida prosperidad petrolera, impuso un ritmo alarmante al éxodo rural en Venezuela. Muchas haciendas se perdieron por falta de brazos.

Gran parte de la mejor tierra venezolana es propiedad de poderosos hacendados. Los salarios del campo eran irrisorios y muy mezquinas las condiciones en que se dejaban las tierras en arriendo o medianería.

Los pequeños propietarios, numerosos en el extremo occidental de Los Andes, y no del todo escasos en otras regiones montañosas de toda la patria, padecen del doble mal de poseer auténticos minifundios, y tierras tan pendientes y escarpadas que su abnegado esfuerzo, casi generalmente, es directo fomento de la deforestación y erosión.

Millares de campesinos se trasladaron a los campos mineros. No todos alcanzaron puestos de obreros petroleros, que en toda la República no llegan a los sesenta mil; pero vegetan a la sombra de la industria petrolera, en ciudades de 20, 30, 40, y 50 mil habitantes: Caripito, Puerto La Cruz, El Tigre, Cabimas, Lagunillas... Y aunque viven generalmente en chozas no muy superiores a las que abandonaron en sus campos, sin embargo tienen hospitales, dispensarios, cine, espectáculos, casas de vicio.

Otro sector campesino se refugió en las ciudades. Puede comprobarse un hecho típico: las familias ricas de las pequeñas ciudades emigran a la capital del Estado; los poderosos de las capitales de Estado se trasladan a Caracas. Las pequeñas ciudades del Interior no decrecen en habitantes; más bien aumentan con la inmigración campesina, pero los campos quedan desiertos.

No basta lamentar el éxodo rural.

Se vive mal en el campo. Se vive mejor en las ciudades. ¿Quién va a prohibir a nadie que llegue a la conquista de un puesto oficial, comercial o industrial en la ciudad? La riqueza petrolera hizo que pudiéramos vivir de artificialidad, comprando en el exterior, con dineros habidos del petróleo, los alimentos que dejaba de producir Venezuela. El petróleo hizo rico al Estado. El Estado creó una burocracia elefantíaca. El campesino, que se sentía injustamente olvidado, aislado y triste en el campo, se acercó al festín alegre de las ciudades.

El único camino para resolver el problema del éxodo rural es hacer más

productiva, más confortable y más feliz la vida de los campos.

Reubicación.-

El hacer más productiva la vida de los campos implica, en primer término, la difícil y gravísima empresa de la reubicación de un sector considerable de nuestros campesinos.

Hay tierras empobrecidas, casi estériles, donde la tala, la quema y el chivo han consumado una obra devastadora. Sirvan de ejemplo las tierras de Lara, tomando por centro (de un extenso círculo que supera holgadamente los cien kilómetros de diámetro) la Quebrada de Carora. Hay laderas andinas, con declives tan pronunciados que llegarán a ser ejemplo elocuente de la capacidad esterilizadora de la erosión: Mucuchíes, Boconó, Lobatera...

Parte de la población andina es producto de inmigración llanera que se refugió en las montañas huyendo del paludismo y de las guerras civiles. Se inicia ya una corriente de retorno desde Pregonero y Boconó hacia Barinas; desde Mucuchíes hacia El Vigía; y desde Lobatera, Michelena, Colón y Seboruco, hacia La Fria y Estación Táchira: es decir, hacia la fértil planicie del Sur del Lago de Maracaibo.

Esta reubicación espontánea puede y debe ser favorecida por el Estado.

En el caso concreto de las tierras desérticas de Lara, Coro, etc., donde es imperiosa la exterminación del chivo, resulta preferible no pagar al campesino en dinero los chivos eliminados, pues ese dinero desaparece rápidamente de sus manos, recayendo rápidamente en una miseria sin remedio, pues ha perdido su única fuente de riqueza: el chivo; sino reubicarlo en tierras fértiles del Yaracuy o el Llano con posibilidades para iniciar un cultivo de caña o granos, y una modesta cría de ganados.

Muy parecido es el caso desesperante de los agricultores montañeses, a quienes se les prohíbe la tala y la quema. El campesino arrostra todas las persecuciones oficiales y vuelve a la tala y a la quema, sin caer en la cuenta que esteriliza bosques y seca las fuentes manantiales, convirtiendo en desierto terreros verdes zonas de selva. El campesino resiste a todas las persecuciones oficiales por una elemental necesidad de vivir. No tiene otra manera de trabajar en sus tierras, pues el arado es inútil en las precipitadas laderas donde siembra.

Es cruel contentarse con prohibir la tala y la quema a esos agricultores. La

excelente determinación prohibitiva del Ministerio de Agricultura y Cría, tiene el mal en ser puramente negativa. Precisa resolver positivamente la vida a estos abnegados trabajadores del campo; y la solución no puede ser otra que la reubicación en tierras planas y feraces.

En época reciente el Ministro de Agricultura y Cría, Dr. Arvelo Torrealba, anunciaba una campaña muy en consonancia con lo que proclamamos urgente necesidad de ciertos campesinos montañeses: su reubicación en las riberas de varios ríos de Barinas y Portuguesa. ¿Se archivó aquel excelente proyecto?

Abonos.-

Apenas conoce el campesino venezolano el uso de los fertilizantes. Lo encontramos, en cambio, bastante familiarizado con el uso de los insecticidas.

Abona la tierra momentáneamente con una quema. Apenas aprovecha, para almácigos y huertos, abonos animales. En las mejores naciones agrícolas el uso de los fertilizantes minerales y químicos es enorme.

Los que seguimos de cerca con patriótico interés cuanto se anuncie y escribe en pro de nuestra agricultura, hemos concebido halagadoras esperanzas con el posible desarrollo de la Petroquímica, a la que concede, durante los últimos meses, publicidad especialísima el Gobierno Nacional.

La Petroquímica traería la utilización del gas de petróleo, abundantísimo en Venezuela, para la producción, en proporciones industriales, de fertilizantes y abonos. Es bien sabido que la tierra venezolana, salvo algunas zonas llaneras y ciertos valles privilegiados, es pobre. Es decir, posee muy escasa capa vegetal, debido al efecto devastador de la torrencial lluvia del trópico. Si los frutos de la Petroquímica alcanzaran sobre todo a extensas zonas llaneras podría pensarse en una revolucionaria transformación de la agricultura Venezolana.

Vías de comunicación.-

Pero ni la tierra naturalmente fértil o artificialmente fertilizada bastaría para que el campesino alcanzara una producción remuneradora, si faltan las vías de comunicación. Nuestros productos encarecen muchas veces por las enormes dificultades de transporte. Algo se logrará con la red de ferrocarriles que se proyecta, pero cuya realización sentimos que va excesivamente lenta. Mucho se va logrando también con la

red de excelentes carreteras, que se va multiplicando en la República, aunque no con excesiva rapidez.

Una de las fatales consecuencias del petróleo, que hizo rico al Estado Venezolano, es que los hijos de Venezuela, campesinos o ciudadanos, se acostumbra cada día más a esperar todo del Estado. Hasta los caminos vecinales de muchas poblaciones montañosas eran obra construida y conservada por las propias comunidades agrícolas. Para halagar a los campesinos se iniciaron entonces restauraciones numerosas de caminos vecinales, pagadas por el Estado. Y se rompió una sana tradición de iniciativa privada. Por eso vamos a conceder aquí un aplauso público a una admirable institución privada que conoce Venezuela con el nombre de **Amigos de Sanare**. Sanare, colocada en la más bella región montañosa del Estado Lara, posee caseríos deseminados en la montaña en una extensión no menor de 100 kms. La primera dificultad de estos caseríos eran las vías de transporte. La Sociedad Amigos de Sanare, genial institución que aúna al alcalde, al cura párroco, a los terratenientes y a los pequeños agricultores en un número superior a los 3.000 socios, ha decidido solucionar los problemas vitales de su amada patria chica, con el esfuerzo mancomunado de sus hijos presentes o ausentes de la población nativa. Amigos de Sanare adquirió por 90.000 Bs. un tractor que ha comenzado la vía carretera que ha de unir a todos los caseríos agrícolas, alcanzando ya la conquista de la montaña en cerca de cuarenta kilómetros. Con singular acierto Sanare ha iniciado la transformación de su medio rural por el primero y elemental requisito: la construcción de vías de comunicación.

Cooperativas.-

Una necesidad imperiosa de nuestros pequeños productores del campo es la Cooperativa, en sus múltiples formas de crédito, producción y consumo. Un estudio reflexivo de nuestras poblaciones campesinas da el siguiente esquema, repetido en toda la República. El campesino, el productor, siempre permanece pobre y adeudado. El comerciante, el intermediario, se enriquece rápidamente: es el perpetuo acreedor. Justicia es conceder una seria meditación a este hecho elemental y a sus posibles remedios. El campesino, entre cosecha y cosecha, se surte de fiado en el comercio del pueblo. El comerciante ven-

de caro sus productos y cobra con la próxima cosecha. Es decir; vende caro y compra barato.

La Cooperativa de necesidad más inmediata sería la de crédito. Tal vez su forma más viable podría ser la caja de ahorros con fines crediticios.

La Cooperativa de Producción, que supondría la compra directa de semillas e implementos de trabajo y la venta colectiva y directa de los productos, salvaría a los agricultores de los monopolios que ejercen en los pueblos agrícolas los comerciantes y a veces los simples camioneros intermediarios.

Más difícil resulta la organización y creemos más dudoso el éxito de las cooperativas de consumo.

Cerremos estas insinuaciones sobre cooperativas agrícolas con una advertencia final. La Cooperativa —forma peculiar y democrática de sociedad anónima de pequeños contribuyentes— es obra de realización difícil, donde no exista un nivel de cultura media bastante desarrollado, y una educación previa para las obras de colaboración social. Ambas condiciones fallan en la mayoría de los sectores agrícolas venezolanos.

Nosotros creemos sin embargo, que en los sectores campesinos hay un factor educativo que no se ha utilizado en la debida medida en la organización social de nuestro pueblo. El prestigio del párroco rural, el más querido y escuchado de las gentes campesinas, tan suspicaces generalmente con todo lo que le llega de la ciudad y sobre todo de los sectores oficiales. Lo que los sacerdotes lograron en Bélgica, Canadá, Jamaica o Santo Domingo ¿no lo podrán alcanzar en Venezuela?

Vivienda campesina.-

No basta con hacer productiva la vida campesina. Hay que hacerla también amable y feliz. Y el primer medio para realizarlo es una sincera e intensa campaña en favor de la vivienda rural.

Confesamos ingenuamente que, mientras se trabaja afanosamente por transformar la vivienda de los barrios obreros de Caracas y otras ciudades, apenas se ha hecho nada en favor de la vivienda rural. Lo que equivale, a nuestro entender, a comenzar un edificio por el tejado o a coger goteras sin componer las tejas rotas. ¿Quiénes invaden y cubren de tña los cerros caraqueños? Los desertores del campo, de la agricultura. ¿Por qué no nos proponemos más bien hacerles más agradable su

vida campesina?

Hay en este aspecto una colosal empresa que acometer.

Cualquiera que se interna un poco en Venezuela —no muy lejos de las ciudades brillantes,— queda deprimido ante el espectáculo de los míseros ranchos de paja y bahareque, donde viven, en triste promiscuidad de sexos y edades y hasta de animales nuestros pobres campesinos.

Hemos sabido con satisfacción que el Instituto Malariológico de Maracay, digno de loa y admiración de toda la patria por sus felices empresas contra el paludismo, expone en la actualidad, ofrece y enseña un método económico de vivienda campesina a base de cemento-tierra. De todos los ángulos de Venezuela debieran llegar a Maracay comisiones de campesinos para ilustrarse en este nuevo método de construcción de viviendas campesinas; y el Estado debería colaborar, con créditos y hasta premios, con cuantos en nuestras montañas, valles y llanos realizaran, según planos prefijados, casitas agrícolas modelo.

Escuelas y dispensarios.-

Bien merece acrecentar el presupuesto del Ministerio de Educación, y en último caso hasta limitar un poco los lujos de las ciudades universitarias y de las concentraciones escolares, una campaña sincera para universalizar la enseñanza primera en los dispersos caseríos de nuestras montañas y en los diseminados hatos del llano. Sin cultura elemental, ¿cómo realizar propagandas eficaces, por ejemplo, para la constitución de Cooperativas?

Otro tanto deberíamos decir de los dispensarios. Acción Democrática —en plan de propaganda demagógica y con fines eleccionarios— alcanzó en este aspecto conquistas que están en peligro de perderse.

Una magnífica institución venezolana, las Demostradoras del Hogar Campesino —suerte de trabajadoras sociales del campo—, está cerrando inexplicablemente algunas secciones importantísimas, como la de Sanare, cuando llegaba a alcanzar valiosas conquistas educativas del campesino y sobre todo de la mujer campesina.

Es fácil perder de vista en las contemplaciones panorámicas de Venezuela estos detalles; pero el panorama se des-

colora y entristece si se olvidan los detalles.

Peligros de la agricultura industrializada.-

La rápida multiplicación de grandes centrales azucareros —Ureña, Motatán, El Tocuyo, El Turbio, El Palmar, Cumanacoa— y la misma mecanización del cultivo de los llanos de Cojedes, Portuguesa, Barinas y las riveras del Lago de Maracaibo traen consigo una transformación social de nuestro mundo campesino, que conviene estudiar a tiempo.

Desaparecen los pequeños propietarios, los aparceros, los conuqueros; es decir, los pequeños productores agrícolas que se convierten ahora en asalariados de fuertes empresas agrícolas.

Ese nuevo sector proletario se organizará y debe organizarse, si somos consecuentes con los principios sociales proclamados en nuestras leyes.

Más aún: es lamentable bajo un punto de vista sociológico la reducción de los pequeños propietarios. El facilitar el acceso a la propiedad, la multiplicación de los pequeños propietarios, es una de las consignas de la Doctrina Social Católica y, sin posible discusión, el medio más eficaz de combatir el comunismo. Vuelve a ofrecérsenos aquí la solución de las organizaciones cooperativas; la solución de explotaciones en comunidad, en la que unidos muchos pobres puedan comprar los tractores y maquinarias y producir en forma industrializada y no menos económica que los ricos.

Miremos con esperanza el porvenir del campo venezolano.

Venezuela ha superado la pavorosa endemia del paludismo. Ha realizado una campaña eficaz en favor de la natalidad sana. Se multiplican las vías de comunicación. Se inicia la construcción de una grandiosa red ferroviaria. Llegan a nuestros hatos sementales de selección. Se inicia la industria petroquímica. Están en plena construcción obras de riego de proporciones tan colosales como la presa del Guárico. Se multiplican los centrales azucareros. Circunstancias excepcionales del mercado internacional siembran el optimismo entre los productores de café y de cacao.

Tal vez sea verdad: "A Venezuela le ha nacido el amor".